

dades de Miss Fittzalan, sin decirle cosa alguna. Sor Maria sopesó el bolsillo. ¡Ay Jesus! dijo, y ¡qué pesado es! Lord Mortimer se retiraba, cuando le detuvo diciéndole: esperad; tengo que deciros una palabra: ¡cuánto hay en este bolsillo? Lord Mortimer se sonrió.—Si no hay bastante para las necesidades urgentes, prontamente le volveré á llenar de nuevo. ¡Ay Jesus! dijo ella, jamas he visto tantas guineas juntas.

Mortimer se sonrió y se retiraba, cuando ella le detuvo otra vez, y le presentó el bolsillo diciéndole que no queria ni se atrevia á guardarle. Descontento Mortimer, nada contestaba, y se alejaba; pero ella corrió hasta cerca de él, y arrojó el bolsillo á sus pies y huyó.

Vuelta á entrar, contó á la abadesa lo que le habia pasado, y le hizo un mérito de haberle rehusado. Amanda y la abadesa lo alabaron mucho.

Prepararon para Amanda un pequeño aposento contiguo al de la abadesa, á donde fué conducida y puesta en cama, y á donde Sor Maria trajo la suya para verla y cuidarla con mayor esmero.

#### CAPITULO IV.

Ahora debemos explicar la llegada repentina de Lord Mortimer á Santa Catalina. Nuestros lectores pueden acordarse que

le hemos dejado en Lóndres profúndamente aflijido de la perfidia de que creia culpable á Amanda. Su dolor no se desminuia ni por el tiempo, ni por las pruebas de amistad que le daba su tia Lady Marta Dormer, ni por la grande consideracion que le manifestaba su padre, quien habia cesado de importunarle sobre el asunto de Lady Eufrasia. El se consumia de tristeza, y huía de la sociedad. Al último le vino al pensamiento de que aunque Amanda se hubiese dejado desencaminar miseráblemente, podia estar arrepentida de su falta, y haber dejado al coronel Belgrave. Le parecia que encontraria un alivio á sus penas si supiese en qué habia parado, y si era posible arrancarla de su seductor. Con este intento se determinó á hacer un viaje á Irlanda, é ir á ver al capitan Fittzalan, y si no habia aun vuelto á su padre, consultarle sobre los medios de conducirla á su lado.

El dijo á Lord Cherbury que creia útil á sus intereses hacer un viaje al pais de Gáles. El padre convino felicitándose interiormente de no tener que temer mas de Amanda, y lisonjéandose de que Mortimer á su vuelta á Lóndres no rehusaria ya la alianza proyectada con la rica heredera que se le proponia.

Lord Mortimer se trasladó á Holyhead con tanta prontitud, como si una perfecta felicidad le hubiese esperado al fin, mién-



tras que el solo bien que podia esperar de él, era un débil alivio á sus dolores. Ocultó á su tia el verdadero objeto de su viaje avergonzándose él mismo de la debilidad que le hacia correr hácia Amanda.

Despues de haber pasado el mar, tomó la posta con un solo criado. A una milla de Carberry-Castle encontró el entierro de Fitzalan. Deteniéndose su coche para dejar pasar el acompañamiento, reconoció á Jonathan, y este le conoció tambien, y se acercó al estribo del coche, y despues de humildes reverencias le notició, meneando la cabeza tristemente, que era el entierro del capitan Fitzalan.

¡El capitan Fitzalan! exclamó Mortimer poniéndose pálido, y con una voz decaida, penetrado dolorosamente de la idéa de que su padre habia contribuido á este triste suceso; pues ántes que saliese de Lóndres, Lord Cherbury le habia noticiado la carta escrita á Fitzalan, y no dudaba que este golpe junto con las desgracias de Amanda le hubiese causado la muerte. ¡El capitan Fitzalan! repetia.

Si, Milord, dijo Jonathan, enjugándose los ojos, no habia hombre mejor que él. ¡Pobre señor! la vida le era bien pesada. ¿Tenia algun amigo á su lado, ó alguno de sus hijos? preguntó Lord Mortimer.— Si, Milord, la pobre Miss Amanda—¡Estaba á su lado! dijo Mortimer vivamente.

—Si, Milord, ella llegó aquí habrá cerca de diez dias; pero bien mudada: yo no creo que ella sobreviva á su padre mucho tiempo. La pobre señorita está muy enferma, y es una lastima, pues es una persona buena y amable.

Lord Mortimer se turbó en extremo. Quiso ocultar su conmocion, é hizo señal con la mano á Jonathan para que se fuese; peeste no le entendia. Mortimer le dijo al fin, que no queria detenerle mas.

El haber vuelto Amanda al lado de su padre confirmó á Mortimer en el pensamiento de que habia reconocido sus errores. Se representaba en su mente la patética escena entre el padre moribundo y una hija arrepentida, tan amable y tan querida; su situacion cuando habia recibido al mismo tiempo su perdon y la bendicion paternal, llorando jústamente la pérdida de un padre y sus propias faltas, y procurando borrarlas con sus súplicas y lágrimas.

Oia decir tambien que estaba moribunda. Esta idéa le causaba horror; sin embargo, no pudo ménos de pensar que la tumba era para en adelante el solo asilo que ella podia tener contra el desprecio y la maldad de los hombres. Temia no poder ver á la bella penitente miéntras que estuviese en estado de conversar con él. Era sin duda un momento terrible el en que reci-



biria su último á Dios; pero encontraría una dulzura al horror de una eterna separacion, y puede ser que Amanda misma recibiría algun consuelo al morir, sabiendo que él le concedía de todo corazon el perdon de que su conciencia sin duda le decía que tenía necesidad, por haberle engañado bajo las apariencias de la virtud. Mortimer sabía por Lord Cherbury, que Fitzalan había dejado el castillo, y no sabía donde encontraría á Amanda; pero se propuso saberlo de Jonathan cuando volviese.

Luego que estuvo fuera de la vista del entierro, bajó del coche, y despues de haber mandado á su criado conducirlo á Carberry-Castle, tomó un sendero atravesando campos, que le condujo á uno de los lados del cementerio donde Fitzalan iba á ser enterrado.

Jústamente llegó allí cuando bajaban el atahud á la sepultura. Un árbol que crecía al lado de la pared le ponía á cubierto de la observacion. Oyó á muchos aldeanos alabar el mérito y las virtudes del difunto con grande calor, y vió como Jonathan recibía el sombrero y la espada de Fitzalan, puestos encima del féretro, derramando un torrente de lágrimas.

Cuando todo el mundo se hubo retirado del cementerio, saltó la pared baja y arruinada que le cerraba, y se acercó á la sepultura de Fitzalan. El sitio era triste y

solitario, y la declinacion del dia añadía tristeza á la escena. Lord Mortimer estaba abatido y falto de alimento. Él se convenia de la inestabilidad de las cosas humanas, y de la vanidad de los proyectos, no solo por el espectáculo de que acababa de ser testigo, sino por su propia situacion. Sus mas queridas esperanzas, sus proyectos de felicidad, la alegría de su espíritu, todo estaba marchitado, y puede ser para no revivir jamas. Su rango y su fortuna, tan apreciados de los hombres, y la misma virtud, no podían consolarle, ni curar la llaga de su corazon.

Descansa en paz, desgraciado Fitzalan, exclamó él, despues de haber permanecido por algun tiempo en pié, con los brazos cruzados, arrojando la vista sobre la tumba; descansa en paz despues de una vida llena de trabajos y tormentos. ¡Qué felicidad habría yo gustado, si hubiese podido endulzar tus penas, y consolar tus últimos dias! Pero yo puedo aun ser útil á dos seres que te eran tan queridos, y este es el solo medio que me queda para reparar la injusticia que se te ha hecho. Tu Amanda y tu amable hijo serán en lo sucesivo el objeto de mis cuidados. A lo ménos estará en mi poder hacer algun servicio al hermano de Amanda en la carrera en que ha entrado.

Despues que Lord Mortimer hubo der-



ramado lágrimas en la tumba, volvió tristemente á Carberry Castle. Jonathan habia llegado allí ántes que él, y habia encendido ya un gran fuego en el aposento que habia ocupado Amanda. Jonathan habia escogido este, porque los otros habian quedado cerrados despues de la salida de Fitzalan, y no podian limpiarse hasta el dia siguiente; pero esta eleccion era la peor para Lord Mortimer, á quien este aposento y todo cuanto en él habia le recordaban á Amanda. Estos dolorosos recuerdos le penetraban de tal modo, que se alarmaron por ello, no sólomente su criado, sino tambien Jonathan. El se calmó un momento; pero luego despues experimentó una sensacion tan violenta como la primera. Entónces supo el lugar de la residencia de Amanda, y su impaciencia de verla fué tan grande, que temiendo que las puertas del convento fuesen cerradas si lo diferia, tan fatigado como estaba se puso en marcha sin haber tomado refresco alguno.

El hacia cuenta en llegando á Santa Catalina, llamar á una religiosa y suplicarle le introdujese en el aposento de Amanda, si se hallase en estado de recibirle; pero despues de haber llamado á la puerta solo vió venir á una criada, de quien supo que todas las religiosas estaban en la capilla, y Miss Fitzalan en el cuarto de la superiora. El preguntó si estaba tan mala que no pu-

diese recibirle. La muchacha contestó que no; pues como ella no habia entrado en el cuarto sino para llevar el agua para el té en un momento que Amanda estaba tranquila, se habia imaginado que estaba buena.

Lord Mortimer le dijo su nombre, y le suplicó fuese á preguntar á Miss Fitzalan si queria recibirle. La criada se turbó tanto conociendo que hablaba á un Lord, que se quedó allí como una tonta. Imputando Lord Mortimer su silencio y su inmovilidad á alguna repugnancia á desempeñar esta comision, le puso una guinéa en la mano, y la rogó se apresurase; pero al salir del aposento se habia olvidado del título y nombre, y temiendo parecer estúpida en el concepto de Miss Fitzalan ó Mortimer desempeñando tan mal su encargo, volvió á decir á Mortimer que se le recibiria, y podia subir, y le enseñó la puerta. Cuando entró, atribuyó el silencio de Amanda al exceso de su dolor. El se acercó á la cama en que estaba, y no se alarmó poco al verle los ojos cerrados. Al principio creyó que estaba desmayada; pero observando que respiraba libremente, sacó la consecuencia de que la criada le habia engañado. El la observó algun tiempo hasta que hizo algun movimiento. Entónces se retiró atras por temor de que compareciendo tan repentina-



mente delante de ella, no le causase demasiada conmocion.

Se ha contado ya lo que pasó en esta conferencia. Aunque las apariencias fuesen tan fuertes contra Amanda, y que ella no hubiese dado explicacion alguna consecuente de su conducta, en el momento que afirmó solénnemente que era inocente, Mortimer ya no dudó de ello; y cediendo á un mismo tiempo á su conviccion, á su amor y á su compasion por ella, le renovó sus instancias para hacerla consentir en su union. Cuando supo por menudo los extratagemas empleados contra ella, los peligros de que habia escapado, y los males que habia sufrido, se dió mas prisa que nunca en ejecutar su plan, á fin de que bajo su proteccion estuviese en adelante al abrigo de semejantes insultos. El le volveria la salud, la paz y la felicidad, prodigándole su ternura y sus cuidados. El la haria triunfar de la perfidia y vileza de la marquesa y Lady Eufrasia, elevándola á un estado del que habian hecho tantos esfuerzos para apartarla, probándoles de este modo que la virtud tarde ó temprano es superior á todos los extratagemas del vicio.

Sus transportes se entibieron en el momento en que Amanda le declaró que su union en adelante era imposible, y que no podia ya recibirle otra vez. El se habia pi-

cado de la firmeza con que le anunciaba esta resolucion; pero viendo el estado de debilidad en que estaba, no le era permitido dejar ver su descontento, y se liasonjeaba de que triunfaria de su resistencia. En efecto, no podia desesperar de ningun suceso despues de la feliz mudanza que habia vuelto toda su estimacion por Amanda, y que habia hecho revivir sus esperanzas de felicidad desvanecidas, cuando creia que Amanda estaba irrevocablemente perdida para él.

Volvió todo mudado á Carberry-Castle. Ya no experimentó penosos sentimientos al entrar en el aposento que habia ocupado Amanda, en el cual se encontraban por todas partes reliquias de su buen gusto.

Para darle la prueba ménos equívoca de su entera confianza, determinó unirse con ella próntamente, no suponiendo por otra parte que pudiese sostener la resolucion que le habia manifestado. Con esta idéa resolvió partir al momento á Lóndres, y no ahorrar cuidados ni gastos para obtener de los agentes subalternos del complot tramado contra ella una entera confesion de la parte que habian tomado en él, y todo lo que supiesen de los ardidés de los otros cómplices y autores. No era por él el querer dar estos pasos; ninguna necesidad tenia de ver confirmar lo que le habia asegurado Amanda. Esta conviccion



estaba probada con la oferta de su mano que habia hecho ya; pero queria cubrir de confusion á los que habian querido perderla, y añadirles esta pena á la que experimentarían viéndola salir de su oscuridad, no como Miss Fitzalan, sino como Lady Mortimer. Las pruebas que obtendria de su inocencia, impedirían á los malvados decir que habia sido juguete de los artificios de Amanda, y estaba convencido de que estas gestiones serían útiles á ambos. Entonces podria él confesar su casamiento, conducir su muger á Londres é introducirla en las sociedades; y si su padre conservaba demasiado tiempo su resentimiento, sabia que encontraria siempre un asilo agradable en casa de su tia ó en Tudor-Hall. Estos risueños proyectos le tuvieron despierto una parte de la noche, y cuando se durmió fué para ocuparse aun en sueños de la felicidad de Amanda y de la suya.

Al dia siguiente por la mañana, á pesar de las prohibiciones, se fué á Santa Catalina para saber noticias de Amanda, y probar si podia verla. La muchacha que le habia abierto el dia anterior pareció, y le dijo que Miss Fitzalan se hallaba muy mala. El creyó que esto no era mas que un pretexto para quitarle este deseo; y para asegurarse de ello iba á aflojar algun dinero en la mano de la criada, cuando Sor

María que lo observaba desde una puerta vecina, se presentó y la detuvo. Esta le repitió lo que acababan de decirle sobre el estado de Miss Fitzalan, añadiendo que cuando estuviera mejor tampoco la vería; que él se abstuviese de venir en adelante á Santa Catalina, porque Miss Fitzalan y la superiora se ofenderían extremadamente de esta conducta; y en fin, que si tenia necesidad de saber noticias de la enferma, podia fácilmente enviar un criado, que seria mucho mejor que venir á importunarlas á cada momento.

Lord Mortimer se agravió mucho de este discurso poco civil. ¿Queréis vosotras, dijo él, hacer de Miss Fitzalan una religiosa, pues que le privais de toda conversacion? ¿Por qué no? respondió Sor María, ella seria muy feliz entre nosotras, y en cuanto á privarle de las conversaciones de gentes de afuera, ella tendrá muy agradables sin salir de aquí. En efecto, yo creo muy bien que la pobre Miss os ama mucho; pero tanto peor para ella.

Señora, dijo Lord Mortimer, si á los demas votos juntaís el de decir la verdad, observareis este voto religiosamente. Verdaderamente, añadió Sor María, yo acabo de oírle contar una larga historia á la superiora de vos y de ella, por la que he visto, que la voluntad de su padre era, que ella no tuviese ninguna comunicacion con



vos, y confieso que el pobre señor me parece que ha tenido buenas razones para ello. Yo os suplico pues, Milord, que no volváis mas. No os está bien ofrecer dinero á esta pobre muchacha, que seria bastante para trastornarle la cabeza, y hacerle cometer una tontería.

A pesar de la severidad de Sor María, no pudo ménos Lord Mortimer de probar ganarla á su favor, y empeñarla en solicitar de Miss Fitzalan el permiso de verla; pero ella estuvo inflexible. Él la instó á que le dijese si Amanda estaba en efecto demasiado mala para recibirle. Ella se lo aseguró, y para endulzar el disgusto que veía que esta seguridad le daba, le dijo, que podia enviar á saber noticias de Amanda cuando quisiese, que se encargaria de dárselas ella misma.

Lord Mortimer comenzó á temer seriamente que el capitan Fitzalan hubiese exigido de su hija que renunciase á él enteramente; y este pensamiento le fué horrible, persuadido como estaba, de que en este caso nada podria persuadir á Amanda á faltar á una promesa que habria hecho á su padre moribundo. La duda y la inquietud le ponian fuera de sí, sobre todo cuando pensaba que le era imposible disiparlas; pues que escribiendo á Miss Fitzalan no podria recibir respuesta, visto el estado en que se hallaba. Nueva ra-

zon para convencerse de la inestabilidad de las cosas humanas.

### CAPITULO V.

**A**manda no pudo resistir largo tiempo á la agitacion; á las fagitas y á los disgustos; sucumbió á su violencia, y se vió obligada á guardar cama una semana entera, por habérsele declarado calentura. Todas las religiosas la cuidaban á porfia, y le prodigaban las mas tiernas atenciones. Sus esfuerzos fueron ayudados por un médico hábil establecido en una ciudad vecina, y que vino sin ser llamado por la superiora. Este dijo que habia conocido al capitan Fitzalan, y que sabiendo que Miss Fitzalan estaba indispuesta, habia venido con la esperanza de poder servir de utilidad á la hija de este hombre estimable. El no quiso recibir honorario alguno por sus visitas, y la superiora sospechó, como tambien Amanda, que habia sido enviado por Mortimer, lo que era verdad, pues Lord Mortimer, mortalmente inquieto, habia tomado este medio para ser instruido de la salud de Amanda y procurarle los auxilios que necesitaba. El doctor no cesó sus visitas, aun cuando Amanda ya se halló en estado de levantarse. Este la veia regularmente, y se quedaba mucho tiempo con ella; y como era amable é instrui-